

nodos diocesanos y provinciales, la independencia de los ministros de la religion, las solemnidades religiosas y muchas órdenes monásticas, su pastoral fué recogida como abuso. El partido religioso, que partido llegó á ser entónces, alzó su voz haciendo graves reclamaciones; mezcláronse las sublimidades de la fe con los negocios políticos, y ya hemos visto los fuertes campeones que se levantaron á sostener los derechos de la Iglesia. El clero se acordaba de su situacion anterior y la preferia á una proteccion que solo le valia nuevos obstáculos de parte de sus protectores y furiosos ataques de sus enemigos. Miétras se lamentaba de las restricciones que se le imponian, los seculares clamaban contra las pretensiones que tenia de abrogarse cada vez mayor autoridad, y no solo las cámaras, sino tambien los tribunales resonaban con las exclamaciones que se hacian contra « aquella espada cuyo puño estaba en » Roma y la hoja en todas partes. » (Dupin.) Montlosier afilaba toda especie de armas contra los renacientes Jesuitas, el ultramontanismo y las corporaciones religiosas que se atrevian aun á reunirse en la soledad para arrepentirse y gemir; y al paso que no se sabia poner freno á las sociedades políticas secretas, eran espías cuidadosamente los Padres de la Doctrina cristiana y los de San Vicente de Paul, que se ocupaban en la instruccion y en la beneficencia.

De esta manera se convertia todo en instrumento de aversion y de resistencia, y los opositoristas, si bien aspiraban á demoler, no tenian en reserva una sola reforma para el caso de que la victoria se declarara en su favor, reduciéndose toda su táctica á excluir, á odiar, á vilipendiar, en vez de amar, sostener y abrazar.

Literatura de la oposicion.

En esta lucha tomó grande y magnífica parte la literatura. Napoleon, aun teniéndola encadenada, habia acostumbrado á los periodistas á examinar la política de los gobiernos extranjeros y á tronar contra los que eran sus enemigos. Los periodistas aprendieron la leccion, y apénas se vieron libres, se mostraron extremadamente osados y constituyeron verdaderamente un cuarto poder en el Estado. Todo lo que podia desagradar á los Borbones era puesto en relieve en los periódicos; Napoleon se convirtió de maldito en popular; las canciones de Beranger, verdadera arma de batalla (1), inspiraban admiracion y compasion hácia aquellos veteranos, forzados entónces á no matar ni dejarse matar, y cuyos retratos presentaba á cada momento Vernet, reproduciéndoles á millares la litografía, nuevo instrumento poderosísimo para difundir la ira y el desprecio. Las *Mesénias* de Delavigne excitaban un valor del cual iban faltando ya los ejemplos, y aquel amor patrio que se inflama cuando el país se ve amenazado y se adormece cuando está seguro. Pablo Courier, que con severos estudios logró hacerse

(1) « Combien ta muse a fabriqué de poudre ! »

como Pascal y Montesquieu ingeniosísimo folletista, adaptaba con deliciosa gracia é ironía incomparable las preocupaciones y pasiones de su partido á las cuestiones mas vitales, y excitaba poderosísimamente la risa de la humanidad contra los aristócratas, los cortesanos y los holgazanes. Los mas eminentes escritores se manifestaron en oposicion á los Borbones, y Chateaubriand, tan adicto á la bandera blanca, luego que se vió reemplazado por Villèle en el ministerio de negocios extranjeros, comenzó tambien á hacerle, no ya oposicion, sino guerra, á lo ménos para tener el gusto de decir: *Yo habria aconsejado al gobierno que hiciese esto ó lo otro.* El gobierno se recelaba de los ingenios que aspiraban á triunfos pacíficos en los periódicos y en las cátedras, y no habiendo logrado establecer la censura, fijó graves penas contra los abusos de este género y encomendó su castigo á los tribunales ordinarios. Á mayor abundamiento suprimió algunos periódicos y compró otros, y quitó las cátedras á varios profesores.

En los países donde no es permitido sepultar en un calabozo á las personas de talento, es imprudente atraerse su enemistad, porque cada vez se presentan con mas vigor al ataque. Los pensadores, ofendidos ó disgustados del gobierno, convirtieron sus lecciones en polémica; cada cita histórica llegó á ser una alusion; distribuíase el aplauso ó la censura en sentido inverso de lo que el gobierno deseaba, y se trataba la cuestion política con el pretexto de explicar en teorías filosóficas el origen del poder. ¿Nace este del hombre ó de Dios, de un contrato social ó de una revelacion? ¿Fué el idioma revelado al hombre ó no le fué dada mas que la facultad de formar, facultad que luego él puso en accion? ¿Pensó el hombre primero, ó habló primero que pensó? ¿Es la idea anterior á la palabra? El vizconde de Bonald, campeón de la escuela renaciente de De Maistre, sostenia que el idioma fué revelado y con él una ley primitiva de la cual deducia el absolutismo, combatiendo la libertad de imprenta, el jurado, la educacion de la plebe, el derecho de peticion, el divorcio y la abolicion de la pena de muerte. De los mismos principios deducia Ballanche que el hombre habia nacido para la sociedad y que solamente en ella recibia su complemento; por lo cual desde su origen habia debido hablar, siéndole comunicada la palabra con la idea y no tan solo como signo de la idea. Segun su doctrina, la palabra reina con autoridad suprema, pero el pensamiento tiende á desarrollarse tomando por punto de partida esta tradicion embarazosa hasta llegar á producirse libre y espontáneo. Entónces viene la razon individual; á la fatalidad sucede la libertad, y se forma un contrato con leyes escritas, de modo que el pensamiento domina á la palabra: composicion entre el derecho divino y el humano. En esta sucesion de fórmulas sociales, el porvenir brota siempre del presente;

y la Restauracion misma no es mas que « una fórmula para despejar la incógnita. »

Jóvenes animosos, viendo deshechas sus tramas revolucionarias, emplearon en el estudio el fervor que habian empleado en los negocios públicos, no olvidando sin embargo sus primeros propósitos. Hacian la oposicion en diversos sentidos, Broglie y Barante, campeones de los doctrinarios; Villemain, que en la literatura de los pasados siglos hacia aplaudir las ideas que la censura no dejaba pasar tratándose de la literatura actual; Guizot, que al traves de las desordenadas ruinas de la historia, seguia las huellas de la libertad constitucional; Laromiguière, que se proclamaba sensualista con Locke; Royer-Collard, que atacando al despotismo materialista queria reformar la filosofia con un objeto práctico, positivo y social, á fin de restituir á Francia su dignidad moral, y á la inteligencia sus prerrogativas regenerando el espíritu público y por medio de este al gobierno; Cousin, que refundiendo la filosofia alemana, daba cierto vigor aparente á los pensamientos y á la voluntad, é introducía un eclecticismo que hallaba para cada opinion la excusa de la oportunidad. Los escritos de los historiadores estaban llenos de alusiones é indicaban la esperanza y la posibilidad de mejoras, y Agustin Thierry, combatiendo las *frivolidades y bellaquerías imperiales* decia: « Hombres de la libertad, » somos ántes que todo de la nacion de los » libres, y los que léjos de nuestro país luchan » por la independencia y mueren por ella son » nuestros hermanos, nuestros héroes (1). » Algunos no conocian la fuerza de la moderacion y las leyes tenian que reprimir su contumacia; pero los procesos mismos eran una nueva ocasion de escándalo. Una mezcla de sentimientos del Imperio y de la emigracion con los que nacen de la esperanza; sueños de gloria militar unidos á los de prosperidad agrícola é industrial; pasiones caballerescas y mercantiles dieron á aquel tiempo un colorido dramático raro en la historia moderna.

En medio de esta gran efervescencia murió Luis XVIII, atribuyéndose la triste vanagloria de haberse sostenido entre las facciones, y le sucedió Carlos X, á quien desde mucho ántes se señalaba como autor de todos los consejos anti-liberales de su predecesor. Para su coronacion se sacó de nuevo la ampolla sagrada, y él tocó y curó á los escrofulosos, siendo objeto de bafa

(1) *Censeur européen*, 17 de abril de 1820. Otra vez escribia: « Una sociedad secreta, originaria de Italia, reunió y organizó, bajo la direccion de jefes altamente estimados en el país, una gran parte, y la parte mas ilustrada de la juventud de las clases medianas. Pero en breve quedamos convencidos de que eran vanos nuestros conatos para hacer llegar acontecimientos que aun no estaban á punto, y los aliados echando entónces otra vez manos á la obra, volvian á sus mostradores ó á sus libros. Fué un acto de buen sentido y de resignacion cívica; y, ícosa digna de notarse! el mayor movimiento de serios estudios siguió, euasi sin interrupcion ni intervalo, á aquella efervescencia revolucionaria. Desde 1823 empezó á hacerse sentir un soplo de renovacion, y á reanimar simultáneamente todos los ramos de la literatura. » *Dix ans d'études historiques.*

para los independientes, los cuales callaban que entónces por primera vez se habia omitido el juramento acostumbrado de expulsar del reino á los herejes, no atacar las inmunidades eclesiásticas, no perdonar á los duelistas. Carlos prometió « consolidar como rey la carta que » como súbdito habia prometido mantener, » y abolió la censura; pero no tardó en desplegar inclinaciones monárquicas.

Llevóse á efecto, á pesar de la oposicion, la indemnizacion á los emigrados por los bienes que habian ido al fisco por decreto de la Revolucion, y se hizo para « recompensar la fidelidad infeliz y despojada, y demostrar que las » grandes injusticias alcanzan con el tiempo » grandes reparaciones. » Designáronse para este objeto 1,000,000,000 al tres por ciento, condenando á la Revolucion á pagar los gastos de los que habian desertado de ella. La operacion del reparto dió ocasion para crear empleos para las personas amigas, y así aumentó la fuerza de los realistas y la importancia de los propietarios. Era justicia y prudencia reconocer inviolables las propiedades al tiempo mismo que se quitaba miedo y escrúpulo á los compradores de bienes confiscados; era asimismo un buen expediente de hacienda, porque se creaban rentas al tres por ciento con que se reembolsaban las demas; pero la extensísima clase de los reductarios, la mayor parte parisenses, á la que se privaba de un golpe de casi 120,000,000 de francos anuales, quedó muy descontenta.

Restableciéronse tambien las ideas aristocráticas, y á la igualdad de herencia entre los hijos establecida en el código sucedieron los mayorazgos y las sustituciones. Sin embargo, con razon decia Barante que « las leyes no » conformes con los hábitos y opiniones de un » pueblo son palabras vanas y nada mas. » Dióse mas extension á las prácticas y ceremonias piadosas; se permitieron comunidades de mujeres, preparacion para las de varones; se publicaron leyes contra el sacrilegio, y habiendo recordado Chateaubriand que « la religion cristiana gusta mas de perdonar que de castigar, » y debiendo sus victorias á la caridad, no » necesita los patibulos mas que para sus mártires, » le respondió Bonald: « Si los buenos » deben la vida á la sociedad como servicio, » los malos se la deben como ejemplo: sí, la » religion ordena al hombre perdonar; pero el » poder le manda castigar: el Salvador pidió » gracia para sus verdugos; pero su Padre no » accedió á este ruego, ántes bien hizo extensivo el castigo á todo un pueblo. En cuanto » al sacrilego, con la sentencia de muerte no se » hace mas que enviarle ante su juez natural. »

Tales palabras resonaban en el siglo de la indiferencia. De aquí el descrédito del gobierno y la aversion que se manifestaba en cada accidente, en las procesiones del jubileo, en los funerales, en todo. Cuando el general Foy, constante en su

23 de setiembre.

1825. 27 de abril.

1827.

1827.
29 de
abril.

oposición legal, murió sin dejar mas herencia que su nombre, la suscripción abierta en favor de sus hijos produjo 1.000.000 de francos. En las revistas, la guardia nacional gritaba: *Abajo los ministros, abajo los Jesuitas*, tanto que el rey despedido disolvió aquella milicia, golpe atrevido contra la clase média, pero que hacía desaparecer la única barrera poderosa entre el rey y un pueblo sublevado.

24 de
junio.

Era imposible caminar á este paso con la libertad de imprenta, y por lo mismo se trató de ponerle una mordaza á nombre de la religion, del pudor, de la virtud y de la verdad. Se presentó, pues, un proyecto de ley á las cámaras, en el cual se obligaba á los periódicos á poner el nombre de los editores; se mandaba que cinco dias ántes de la publicación de un libro se presentase un ejemplar á la autoridad; se establecía una contribucion de sello para los escritos que tuvieran ménos de cinco pliegos de impresion, y se exigían garantías á los editores. Tales medidas suscitaron grande indignación entre los escritores; hasta la pacífica Academia protestó, y Carlos X castigó á sus individuos, irritando de esta manera á todos y aumentando las dificultades que lo rodeaban. Despues, cuando se retiró el proyecto de ley, el júbilo clamoroso de toda Francia celebró este triunfo de la opinion, y desde entónces comenzaron á correr de mano en mano mil opúsculos censurando los actos del ministerio. Villèle pensó, pues, en renovar por completo su cámara septenal é interrogar de nuevo al voto público.

5 de
noviem-
bre.

Habiase formado, cual si fuera un nuevo gobierno opuesto al existente, una sociedad con el título de *Ayúdate y Dios te ayudará*, sociedad compuesta de liberales y realistas, que desconcertaba los manejos y revelaba los fraudes del gobierno. Esta luchó con ahinco en las elecciones, que fueron tumultuosas, y en algunos distritos sangrientas, y logró sacar una mayoría de liberales. Entónces se atacó al ministerio por todas partes; algunos pedían descubiertamente al duque de Orleans que cambiase su diadema ducal por la corona... cívica, y le decían: « Valor, príncipe; queda en nuestra Monarquía un gran puesto que tomar, el puesto que La Fayette ocuparía en una República, el de primer ciudadano de Francia (1). » También se expuso en otros libros este último plan, y Armando Carrel, en su Historia de la Revolución inglesa, propuso abiertamente que se imitara lo que se hizo en 1688 en Inglaterra, es decir, reemplazar á un rey que consideraba la carta como donativo suyo, con otro que debiese su existencia á la carta y á la cámara.

1828.
4 de
enero.

El ministerio Villèle debió, pues, sucumbir, no dejando á su sucesor mas que armas embotadas y la necesidad de hacer concesiones que debían parecer efecto de debilidad. Carlos X, en vez de apoyarse francamente en algun partido, se echó en brazos de Martignac, hombre de buena

(1) CAUCHOIS-LEMAIRE, *Lettre à M. le duc d'Orléans*.

voluntad, pero irresoluto y no sostenido por ninguna parcialidad poderosa, ni tampoco por el rey. Martignac manifestó al monarca la necesidad de conceder franquicias administrativas y constitucionales para recobrar la perdida confianza y de sustituir un sistema de lealtad al sistema de intriga que hasta entónces se habia seguido. En su consecuencia, se modificó la ley sobre la imprenta, se restableció el derecho de publicar periódicos, si bien castigando con firmeza sus abusos, y el mismo ministro tuvo el arte de rodearse de literatos. Pero al mismo tiempo, para condescender con el espíritu dominante, se expidieron decretos contra los Jesuitas y la enseñanza religiosa, limitándose el número de discípulos en los pequeños seminarios y excluyendo de estos á los estudiantes externos: debilidades funestas, que desagradaron á los padres de familia, y á las cuales se opusieron, por una parte los obispos, mirándolas como triunfo de los filosofistas y ruina de la Iglesia Católica, y por otra los Jesuitas, que quedaron excluidos de la enseñanza por no someterse á la universidad y á la obligación impuesta á los maestros de declarar que no pertenecían á ninguna congregación. De esta manera se encontró un rey que de todo tenia escrúpulos, expuesto á los anatemas sacerdotales; resultado á que llegan comunmente los que pretenden estar bien con todos. El ministerio, sin amigos, vivió lánguidamente entre las ambiciones de los dos partidos extremos, hasta que Carlos X no aviniéndose á seguir la marcha legal que Martignac deseaba, le quitó la cartera para dársela á Polignac.

El nuevo gabinete buscó francamente una mayoría monárquica, no destruyendo la constitucion, sino confiando su custodia á los realistas, como hacia Wellington en Inglaterra. Asustóse la clase média al ver su constitucion en tales manos, considerando á los ministeriales como los vengadores de los antiguos emigrados. Por tanto unos protestaron altamente en favor de las conquistas de 1789; otros propusieron que se redujese al gobierno al último extremo, negándole los impuestos é indemnizando á los periódicos inflamaron mas y mas la cólera nacional; se extendió la desconfianza por todas partes, sospechándose en el ministerio y en la corte intenciones traidoras contra la carta; el gobierno miró estas sospechas como un insulto, pero los tribunales se negaron á castigarlas, y al fin llegó á conocerse que era imposible que se conservara el ministerio como no violase la constitucion.

La oposición legal, en uno y otro sentido, siempre tomaba como punto de partida la carta, ya para restringirla, ya para darle ensanche. En el periódico mas avanzado, dirigido entónces por Thiers, y llamado el *Constitucional*, se leía el 30 de junio de 1830: « Generalmente los pueblos se ven precisados á sublevarse para obtener su libertad: hoy, merced á la carta

que pone la legalidad de nuestra parte, es al poder á quien toca exponerse y correr los riesgos de la insurrección, si quiere privarnos de nuestros derechos. » En estas circunstancias se abrieron las cámaras, y la discusión de contestación al discurso de la corona, puso de manifiesto las disposiciones del público. El rey decía: « Si culpables manejos suscitaren á mi gobierno obstáculos que no puedo ni quiero prever, mi resolución de mantener la paz pública, la justa confianza de los Franceses y el amor que siempre han mostrado á su rey, me darán la fuerza necesaria para superarlos. »

Frases imprudentes que dieron ocasion á la cámara para desplegar su propia bandera. Así fué que en el mensaje se puso un párrafo que decía de esta manera: « La armonía constante entre las intenciones políticas del gobierno de V. M. y los deseos de su pueblo es una de las condiciones indispensables para la marcha regular de los negocios públicos. Señor, nuestra lealtad nos condena á decir á V. M. que esta armonía no existe. Una injusta desconfianza, ofensiva á los sentimientos y á la razón del país, es hoy el pensamiento fundamental de la administración... La alta sabiduría de V. M. decidirá entre los que desconocen los sentimientos de una nación tan leal, y los que venimos á depositar en el seno de V. M. los dolores de todo un pueblo, celoso de conservar la estimación y la confianza de su rey. » Este párrafo suscitó gran discusión, y al votarlo, de cuatrocientos dos votantes, doscientos veintiuno dieron su voto de reprobación al ministerio Polignac. El número 221 llegó á ser entónces el terror del gabinete y la alegría del pueblo; pero Carlos dijo desde su trono: « Contaba con el auxilio de las dos cámaras para hacer el bien que tengo meditado; he oído con gran sentimiento á la cámara de diputados declarar que la armonía que yo esperaba no existe; pero mi resolución es inmutable; » y acto continuo disolvió la cámara. Los acontecimientos se precipitaban hácia su solución; todos lo conocían, pero la corona creyó que podría retardarla llamando la atención hácia otra parte.

25 de
julio.

Ya hemos hablado de la que tuvo el gabinete frances en la política exterior. Para poner término al largo litigio con Haití, envió una fuerte escuadra, dando al mismo tiempo instrucciones á los jefes para que reconocieran la independencia de la colonia mediante un buen tratado de comercio y una indemnización para los colonos. En virtud de estas instrucciones se hizo en efecto el tratado (julio de 1825), obligándose Haití á dar 150.000.000 de indemnización. La Francia habia recobrado también con la paz la isla de Bourbon, y hacia nuevos esfuerzos para dar estabilidad á la colonia de Madagascar; pero los Ingleses que habian conservado la isla Mauricio, le ponían obstáculos á cada paso, hasta el punto de haber tenido que enviar una expedición á aquellas aguas en 1829. En los asuntos de Grecia

se habia presentado la Francia al nivel de las demas naciones, y en las reparticiones de territorio que estuvieron á punto de hacerse con motivo de aquella guerra, se vió cerca de realizar su esperanza de obtener las fronteras del Rhin.

Argel.

La expedición de Argel le dió nueva ocasion de mostrar sus fuerzas. Poco habian aprovechado los remedios puestos en práctica desde el congreso de Viena contra la piratería de los berberiscos. Hussein, jefe de la regencia de Argel, reclamaba del gobierno frances un crédito de la época de la expedición á Egipto, de cuyo crédito queria este gobierno rebajar una parte para indemnizar á varios negociantes de Marsella, acreedores de súbditos argelinos. Estándose tratando este negocio, Hussein irritado dió con su abanico en la cara al representante de Francia; este se embarcó inmediatamente; el gobierno frances envió una escuadra delante de aquel puerto; el bloqueo de las costas argelinas, dificilísimo á causa de las tempestades, duró dos años pareciendo á los prácticos muy arriesgado el desembarco; al fin la Francia intimó al bey que escogiese entre la guerra ó una satisfacción por el insulto recibido. Habiendo respondido Hussein á cañonazos, no quedó mas arbitrio al gobierno frances que replicarle en el mismo tono. Agradaba al gabinete de las Tullerías esta empresa que debia dar ocupación á los valientes, materia de conversacion á todos, y al país esa clase de gloria que tanto fascina á los Franceses. Bourmont, ministro de la guerra, obtuvo el mando de la expedición, y con ciento treinta buques de guerra, y quinientos treinta y dos de transporte, guiados por el almirante Duperré, llevando treinta y siete mil infantes, cuatro mil caballos y setenta piezas de artillería, salió de Tolon para las playas donde se conserva la memoria de San Luis. Despues de un hecho de armas el mejor que se habia visto hacia quince años, la ciudad de Argel se vió obligada á capitular, y el bey tuvo que salir del territorio llevándose sus riquezas personales.

1829.
Agosto.1830.
5 de
julio.

Creyó Carlos X que este triunfo le proporcionaba ocasion propicia para llevar á cabo el proyecto que hacia tiempo meditaba y consolidar la Monarquía, saliéndose de las vias legales: ciego que no conocía los progresos de la opinion, progresos que ni aun los mismos liberales tenían bien calculados. El gobierno durante la Restauración no habia visto mas que dos partidos, la aristocracia y la mesocracia; pero nada habia hecho por el pueblo. En cambio no habian hecho mas los liberales. Los realistas confiaban aun en la eternidad de la dinastía de San Luis, y pensaban que ya era tiempo de desarraigar los retoños del árbol de la libertad que ellos habian cortado. Los descontentos, uniendo la prevision á la cólera, se agruparon en torno del duque de Orleans, el cual sin conspirar con ellos, se aprovechaba de los errores del gobierno. Los doctrinarios á

quienes la corona podía haber convertido en fieles servidores y que querían la legalidad, rechazados de las regiones del gobierno, se unieron con los liberales.

Pero el liberalismo no se había cuidado de atraerse más que a los negociantes y propietarios; sus progresos ninguna ventaja habían proporcionado a la multitud, y con ataques sistemáticos, fundados o infundados, y con aquella insistente desconfianza que no permite el bien ni el mal, ni la debilidad ni el vigor, quitó al poder la fuerza necesaria para hacerse respetar. Por formarse un partido conculcó la religión; la economía política estudió los medios de aumentar la riqueza, pero no los de distribuirla, y cuando una vez se indicó en la cámara que al lado de la aristocracia propietaria se estaba levantando la aristocracia del capital, estas palabras parecieron a los liberales gravemente amenazadoras. Y sin embargo, había llegado el momento de cerrar la era de aquella aristocracia, y de sustituir a las mancas doctrinas del liberalismo otras más resueltas y positivas.

Desagrado a la oposición la conquista de Argel que daba lustre a las armas de Francia, y como Inglaterra se mostraba también descontenta por ver que ya no dominaría sola en el Mediterráneo, se preveía una guerra, sobre la cual ya los banqueros comenzaban a especular. Pero la guerra estaba en lo interior: multiplicábanse los manejos a medida que el gobierno parecía más resuelto a proseguir en su marcha antiliberal, y ya se preparaban a darse batalla la soberanía monárquica y la parlamentaria, soberanía artificial, con la cual había de mezclarse otra más verdadera.

CAPÍTULO XXIII

Revoluciones de 1830.

Los ministros, habiendo salido mal el experimento anterior de la disolución de la cámara, creyeron imposible gobernar conservando la constitución, y se prepararon a violarla con decretos ilegales; pero no sabiendo ser tiranos hasta el punto que se necesita serlo para dar con éxito los golpes de Estado, tomaron pocas y frívolas precauciones, en vez de tomar la única que podía valer para el caso, a saber, la fuerza, el ejército (1). El ministerio y el rey, que siempre se habían hallado frente a frente de literatos, comerciantes y doctrinarios, no se esperaban más que palabras, no tenían al pueblo: funesta ilusión que al disiparse debía llenar sus almas de desaliento. Los decretos expedidos en aquella ocasión versaban sobre los dos puntos que hemos llamado capitales a que se dirigía la oposición, a saber: las elecciones,

(1) Bien lo han hecho ver los Buonapartes así antes como después.

cuya base se alteraba en favor de los privilegiados, y la censura que se establecía para los periódicos. Así aquellos decretos tendían a destruir el poder político en la cámara y el poder moral en la imprenta; lastimaban los intereses de muchos que vivían de esta, ponían en agitación a los especuladores y en movimiento a los que pensaban pescar en río revuelto. Al primer anuncio de los decretos, se llenó París de consternación. Thiers, Chatelain y Cauchois-Lemaire hicieron una protesta contra la violación de las libertades; las oficinas de los periódicos se constituyeron en centros de acción, y aunque se había establecido el exámen preventivo de los artículos, estos se publicaron, obligando a la autoridad a recurrir a la fuerza para suprimirlos. Los oprimidos se esforzaron en propagar la resistencia; los impresores cerraron sus establecimientos, respondiendo a los que iban a buscar trabajo, que la libertad había concluido, y que el gobierno había decretado la tiranía con todas sus consecuencias; los fondos públicos bajaron entonces; hubo anuncios de quiebras, y la efervescencia se convirtió en tumulto (27 de julio de 1830).

La corte, singularmente obcecada, se había retirado a Saint-Cloud, sin dar siquiera aviso al cuerpo diplomático. Fuera de los Suizos eran muy pocas las tropas que guarnecían la gran ciudad, y esas mandadas por el general Marmont, infamado por los recuerdos de 1815: la guardia nacional, tutora de la tranquilidad pública, había sido disuelta. Ningún obstáculo, pues, tenían delante de sí los liberales, los cuales repartiendo dinero, pronunciando discursos y fomentando el terror o la esperanza, excitaban al pueblo a la insurrección, a aquel pueblo en quien hasta entonces no habían pensado. En efecto, el pueblo se sublevó. En la noche del 27 de julio comenzó el movimiento en el barrio de la riqueza y de la prostitución. Salieron a las calles los alumnos de la escuela politécnica, como oficiales preparados para dirigir la desordenada acción de los sublevados, armados con lo que habían podido haber a las manos y especialmente con guijarros arrancados del empedrado; se desplegó la bandera tricolor, y al grito de *Viva la carta* se comenzó a combatir, a matar y a cortar las calles con barricadas. Cada esquina se convirtió en un punto de emboscada, cada calle en un campo de batalla, cada ventana en una tronera desde donde con certera puntería se dirigían los tiros a los soldados y gendarmes; mezclándose y confundiéndose como sucede en tales casos los actos de valor, de ferocidad, de temeridad, de locura, de prudencia, de generosidad. Desfogóse la ira contra la religión que había sido presentada como instrumento del despotismo, y el pueblo sublevado derribó en su furor las cruces, devastó los templos y demolió el palacio del arzobispo. La tropa, además de ser escasa, mostraba consideración al pueblo, por lo cual en breve alcanzó la Revolución la victoria.

El grito del pueblo vencedor fué el de República; pero los banqueros, los literatos, los hombres acomodados, retrocedieron asustados y procuraron entrar en negociaciones con la corte, a quien hacía inviolable la carta que se invocaba. Pero ya era tarde: La Fayette, hombre honrado, destinado a presentarse al fin de todas las revoluciones para cubrirlas con su nombre, recobró el aura popular, y sin otra investidura declaró que Carlos X había cesado de reinar.

El banquero Laffitte se había granjeado mucha reputación de integridad. Nombrado en los últimos años del Imperio gobernador del banco de Francia, renunció a los 100,000 francos del sueldo; Napoleón al huir depositó en su poder sus capitales; lo mismo hicieron los Borbones en los Cien Días; y él por su parte suavizó hasta con dinero propio los rigores del destierro al rey, y a París las amargas que le produjeron las exigencias de los extranjeros. Oponiendo resistencia a la opresión, había restaurado la hacienda y aspiraba a hacer a Francia más rica, para que fuese más ilustrada y más libre. Sostenedor de la carta contra la arbitrariedad, llegó a ser el centro de la oposición: socorria con generosa delicadeza a los perseguidos, y habiendo dado subsidios a Luis Felipe de Orleans cuando tuvo que huir en 1815, se hallaba con él en relaciones amistosas. A su casa acudieron, pues, los campeones liberales para tratar de la situación de aquella patria que habían comovido y a la cual no sabían qué dirección dar. Mostrándose héroes cuando el valor ya no era peligroso, pretendieron hacer que redundase en su propio provecho la victoria del pueblo, y entre la voluntad bien marcada de este y el orden antiguo que querían derribar, tomaron, según su costumbre, un término medio.

Luis Felipe había sobrellevado la desgracia noblemente, ilustrándose, aprovechándose después de su saber para enseñar, y adquiriendo ideas liberales. Había combatido en España y escrito proclamas contra Napoleón, no en favor de los Borbones, sino en defensa de la República. De regreso a Francia con la Restauración, fué objeto de las esperanzas y de las intrigas de los liberales, que hallándose entonces triunfantes, lo exhortaron a hacerse rey. El pueblo y la juventud, que por instinto van derechos al fondo de las cosas y suprimen las transacciones para tomar la realidad de las situaciones políticas, no pedían una situación mejor que la antigua, sino un orden de cosas nuevo; no querían un mero cambio de personas, sino que aspiraban a que se resolviese cuál era la verdadera índole del gobierno representativo. La multitud, pues, acudía a la casa de ayuntamiento y se agrupaba en torno de La Fayette para formar la República.

El momento era supremo, no solo para Francia sino para Europa. Pero los liberales, gente mediana, que se espantaba de aquel atrevimiento,

y que al derribar el gobierno anterior no había provisto a la creación de otro nuevo, vencieron la incertidumbre de Luis Felipe, el cual montó a caballo y recorrió las desempedradas calles hasta llegar al palacio del ayuntamiento. Allí abrazó a La Fayette, y aquel abrazo restableció el trono y la dinastía de los Borbones, donde pocos momentos antes se había combatido para destruir al uno y a los otros.—Allí se enseñó a la Francia, en aquel momento republicana, a aclamar un nombre que no conocía y que aceptó como símbolo de un principio. De esta manera, víctimas sin nombre, vienen a servir de escalón a ambiciosos sin conciencia. La Fayette había redactado un programa tan vago como la declaración de derechos publicada en 1789; y encargado de presentarlo a Luis Felipe, le dijo: «Ya sabéis que yo soy republicano y que miro la constitución de los Estados Unidos como la más perfecta. Esta por ahora no conviene a Francia, pero el país quiere un trono popular rodeado de instituciones republicanas.» Esta frase agradó; ocho días después de la Revolución, Luis Felipe de Orleans fué proclamado rey por diputados que no habían recibido facultades para ello, y juró que «la carta sería una verdad.»

Carlos X y su hijo enviaron su abdicación, y la antigua dinastía salió de Francia por Cherburgo, salida que fué presenciada por el pueblo con una digna actitud de desprecio, suficiente por sí sola para demostrar cuánto se había mejorado desde el tiempo de la fuga de Varénnes. París empedró de nuevo sus calles y se encontró tan monárquico como antes, y la Francia acostumbrada a no vivir ni pensar sino por el modelo de París, aplaudió a la nueva dinastía, y maldijo a la caída porque así lo habían hecho los Parisienses. Proclamábanse los liberales satisfechos del buen éxito de sus largas tramas, por haber asegurado la existencia de la guardia nacional, el juicio por jurados para la imprenta, la responsabilidad de los ministros, la intervención de los ciudadanos en la formación de las administraciones municipales y provinciales y la sujeción a reelección de los diputados que admitiesen empleo o gracia del gobierno. Aquel trono erigido en el Palacio Real entre las tiendas y las galerías, era saludado como un triunfo de la clase media sobre la aristocracia. Sin embargo, se temió reconocer la soberanía nacional, dando a la nueva dinastía la legitimidad del voto público, y se la dejó en la especie de *semi-legitimidad* que se atribuye a los hechos consumados. El pueblo, que había sido el héroe de una batalla, cuyos laureles recogieron los ricos, continuó desheredado de su dignidad y de representación (1).

(1) He visto una carta de La Fayette del 12 de agosto de 1830, que decía: «Le peuple a tout fait. Courage, intelligence, désintéressement, clémence envers les vaincus, tout a été fabuleux de beauté. Quelle différence même avec les premiers moments de 89. Notre parti républicain, maître du terrain, pouvait faire prévaloir ses opinions. Nous avons pensé qu'il fallait mieux réunir tous les Français sous le

29 de julio.

Tres días.

Luis Felipe.

31 de julio.

9 de agosto.